CINECLUB NUCLEO **www.cineclubnucleo.com** **Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA** ◻ Fundado por Salvador Sammaritano ◻ Fundación sin fines de lucro ◻ Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes ◻ Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes ◻ Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires	Temporada Nº **58** Exhibición Nº **7469 7470** Cine **GAUMONT**
Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102 o escribiendo a: **ccnucleo@hotmail.com**	Buenos Aires, martes 26 de julio de 2011 Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

VEA CINE EN EL CINE – VEA CINE EN EL CINE - VEA CINE EN EL CINE

COPIA CERTIFICADA

(*Copie Conforme*, Francia / Italia / Bélgica / Iran – 2010)

Dirección: ABBAS KIAROSTAMI. *Guión*: Abbas Kiarostami. *Dirección de fotografía:* Luca Bigazzi. *Diseño del film:* Giancarlo Basili, Ludovica Ferrario. *Montaje:* Bahman Kiarostami. *Sonido*: Dominique Vieillard. *Elenco*: Juliette Binoche (ella), William Shimell (James Miller), Jean-Claude Carrière (el hombre de la plaza), Agathe Natanson (la mujer de la plaza), Gianna Giachetti (patrona del café), Adrian Moore (hijo), Angelo Barbagallo (traductor), Andrea Laurenzi (el guía), Filippo Trojano. *Producción*: Angelo Barbagallo, Caetano Daniele, Claire Dornoy, Charles Gillibert, Marin Karmitz, Marin Karmitz, Nathanaël Karmitz, Abbas Kiarostami. *Productoras*: MK2 Productions, BiBi Film, Abbas Kiarostami Productions, France 3, Canal+, Centre National de la Cinématographie (CNC), Toscana Film Commission. *Duración*: 106'.

Este film se exhibe por gentileza de CDI Films

El Film

El cineasta iraní Abbas Kiarostami abandona su país natal para rodar en Italia con una actriz profesional como es Juliette Binoche y lograr con **Copia certificada** una obra maestra que estuvo en el Festival de Cannes y en la Seminci de Valladolid. Una película poliédrica y profunda, tanto en el aspecto formal del lenguaje cinematográfico como en el trasfondo existencial de sus personajes, que incorpora incluso un análisis teórico de lo que puede ser considerado como arte, y que permanece abierta a tantas interpretaciones como espectadores tenga. Sus imágenes se acercan respetuosamente a la realidad de una mujer, galerista de arte en la Toscana, que esconde el dolor de una separación y también el peso de tener que educar sola a su hijo. Es una realidad a la que el director se acerca desde su mirada de artista y de quien ha pasado por una situación semejante —el propio Kiarostami tuvo que encargarse del cuidado de su hijo tras su separación—. Es, por eso, reflejo de una experiencia propia y dolorosa que aquí traslada a Binoche, recordando las distintas situaciones por las que puede pasar el amor de una pareja, y la verdad que encierra cada imagen que se ofrece del amor.

Básicamente, en **Copia certificada** sólo hay una mujer y un hombre, y unas cuantas horas por delante. Suficiente para que asistamos al momento de enamoramiento inicial seguido de una fase de desgaste y de un nuevo intento de seducción, para terminar con una plácida vejez donde ese amor adquiere nuevas formas de manifestación. Lo mejor es que todo eso Kiarostami lo hace sin recurrir a flashback ni a subtramas que podrían ilustrarlo fácilmente. Se encomienda al talento interpretativo de la actriz francesa y de William Shimell, y lo concentra todo en una única pareja respetando la unidad de tiempo y espacio, simplemente amplificando la relación hacia el pasado o poniendo ante sus ojos una pareja de novios o de ancianos. A partir del equívoco en una cafetería en que la mujer que les atiende les confunde con un matrimonio —maravillosa escena y sabios comentarios los de esta buena mujer—, se pone en movimiento todo un mecanismo de representación de lo que puede ser cualquier enamoramiento, con una Juliette Binoche que sobreactúa ligeramente en su empeño por captar la atención del hombre para después atenuarse en su vitalidad, e intentar más tarde una nueva conquista del marido pintándose los labios o poniéndose unos pendientes: no es entonces el amor original sino una copia o una referencia de lo que fue, pero no por ello menos verdadero o meritorio, viene a decirnos Kiarostami.

Esas fases del amor son contempladas por el espectador desde la abstracción como algo que puede suceder a cualquier pareja. No es más que la maduración y los vaivenes del romance, que por esas calles de Toscana se vive en presente y congela el tiempo hasta hacerlo único, porque lo importante en el amor no es la persona amada sino la actitud de quien contempla y ama. Ese es el valor que Kiarostami y James Miller —el ensayista de la película— dan también a la obra de arte, que adquiere importancia según quien la contempla más que por su interés objetivo, y donde la copia puede ser mejor que el original y éste no pasa de ser incluso una copia —una representación falsificada, por muy lograda que sea— de la realidad. Paralelismos y semejanzas entre el amor y la obra de arte cargados de sabiduría humana y estética, realizados por un estilista de la imagen que reduce el tema a lo mínimo y que cuida cada plano en su duración y composición. Nada sobra y nada falta en unos diálogos frescos y espontáneos pero enjundiosos y cultos, que sirven para hacer un retrato dual del hombre y la mujer, de su distinta percepción de la realidad, de su implicación o distanciamiento frente al problema sentimental.

Excelente el trabajo interpretativo de Juliette Binoche —premiada en Cannes—, con un asombroso despliegue de recursos para dar vida a tres mujeres en una, para arrastrar al británico Shimell a pasar de escéptico teórico del arte a marido comprometido o dubitativo. Espejos, pinturas y distancias en su paseo por las calles que encierran un profundo significado de lo que ocurre en el corazón de esta pareja y que recuerda a aquella otra inmortalizada por Ingrid Bergman y George Sanders bajo la batuta de Roberto Rossellini en **Te querré siempre** (1954). Una película minimalista sobre la realidad y su representación, sobre el amor verdadero y sobre el pretendido, sobre el paso del tiempo y sobre el espectador que lo ve encarnado en esa pareja que le interpela con sus miradas a cámara. Una joya del cine para ver varias veces porque la realidad que muestra no se agota con la primera, para disfrutar de cada plano, de cada gesto y de cada frase… porque todo es original, o al menos una copia perfecta.

(Julio Rodríguez Chico, 28 de octubre de 2010, extraído de www.labutaca.net)

Hay en Abbas Kiarostami un deseo de involucrar al espectador, conduciéndolo por pasadizos falsos para hacerlo reflexionar sobre las preocupaciones más frecuentes del hombre común. El valor de la vida se le disputa al de la muerte en **El sabor de las cerezas**, donde acompañamos en su travesía a un hombre que quiere suicidarse y encontrar a quien eche unas paladas de tierra sobre su futuro cadáver; el diálogo con el posible candidato que se resiste a asistirlo va desgranando las sensaciones que le brinda el estar vivo, mientras el otro sostiene la necesidad de estar muerto.

En **Copia certificada**, el último film del director iraní, rodado en Italia, con actores europeos y una estética totalmente occidental, nos plantea la vigencia del matrimonio y los sentimientos que se suscitan en una pareja con el pasar de los años. El encuentro entre un escritor británico y una galerista francesa que vive en la Toscana le da pie al realizador para componer un discurso multicultural (los diálogos son en inglés, francés e italiano), a través de un recorrido que intenta ser turístico, pero que en realidad servirá para internarse en los vericuetos del amor y su persistencia a través del tiempo. La historia lleva, como en **El sabor de las cerezas**, por caminos que parecen certeros, para que, una vez recorridos, nos demos cuenta de que deberíamos hacer una nueva lectura, porque la ficción lleva en su seno otra ficción, que juega con la verosimilitud y con la identificación y proyección del espectador. Kiarostami no hace sino reavivar mi relación de amor-odio por su cine, alimentada por su afán occidentalista, que traiciona casi todo lo que me gusta de la cinematografía iraní, y su puesta en escena, que incorpora el fuera de cuadro de una manera significativa, lo cual me emociona grandemente.

El transcurso de la ficción va engendrando otra ficción, ésta más inasible que la primera, donde no sabemos si lo que sucede es real o no. Esa desorientación es propicia para plantear un tema de fondo, que no es el que evoca el título del film, si la copia de un objeto es mejor, o no, que el original. Ese sólo es el pretexto. Se nos habla, más bien, de las relaciones de pareja, de lo que espera uno del otro, de lo que cada uno está dispuesto a brindar, del enamoramiento ciego de los comienzos de la relación, de la resignación en la madurez, de la caprichosa intención de cambiar al otro, del perpetuo reclamo por parte de quien lleva la carga más pesada, del fracaso del matrimonio, de la pareja como ente y de la individualidad como necesidad... en fin, del yugo y de la libertad.

Kiarostami desarrolla su tesis a través de la conversación de la pareja central, que se verá matizada por otras parejas, con otras convicciones, que vienen a sumarse para enriquecer una visión plural del tema. Así, vemos al hombre que no quiere compromisos, a la mujer que siente que lleva una carga inmensa cuando tiene que educar a su hijo sola, a los jóvenes que se casan y celebran en una iglesia un futuro de felicidad o a la mujer de la taberna, a la que sólo le importa tener un marido, no importa en qué condiciones... Actitudes, reclamos, elecciones a los que hay que someterse cuando se comparte la vida en pareja. Variedad de opciones, mostradas a través de profundidad de campo, reflejos de espejos, situaciones eventuales o narraciones específicas sobre tal o cual comportamiento que implica una actitud inteligente, para algunos, o patética, para otros. Kiarostami elige detenerse en el bellísimo rostro de Juliette Binoche, en su subyugante expresividad, cuando se burla cínicamente de la feliz vida anodina de su hermana, mientras conduce por las callejuelas del pueblo.

La cámara rehúye lo que le llama la atención a los personajes, sólo vemos sus rostros, sus expresiones; el relato de lo que los rodea es ofrecido a través de espejos, reflejos en el parabrisas del coche, segundos y terceros planos o una banda sonora cuya funcionalidad se nos escapa. La narración de la mujer, la firma de los libros en el coche por parte de él; el niño que apura a su madre mientras el escritor ofrece la conferencia; el rodeo en 360 grados que realiza él, mientras ella habla fuera de cuadro; la historia fabulada mantenida con la cantinera, mientras él conversa por teléfono; la espera en la capilla, mientras los novios se

desviven por tomarse una fotografía en la gruta; lo que piensa la pareja de turistas (uno de los momentos más memorables, sobre todo por la participación de Jean-Claude Carriere)...
En **Copia certificada** el fuera de campo cobra un protagonismo potente, cuando se nos restringe el ingreso a locaciones que están referidas por las acciones de los personajes. Hay una realidad que nos es vedada... y que como espectadores, verdaderos *voyeuristas*, queremos transitar, penetrar, curiosear. Esa sensación de coitus interruptus permanece durante todo el film. Nos quedamos con las ganas... de compartir la felicidad de la pareja que se casa; de saber con quién habla el escritor, mientras las dos mujeres conversan en la cantina; de lo que sucede en la calle, que tanto le llama la atención a Binoche; lo que le venía reclamando el marido a su mujer; lo que esa misma mujer le ha dicho a Binoche y que no puede volver a repetir... El foco está en otro lado, no donde estamos mirando.
Así es la vida, llena de escarceos de la realidad, porque ponemos la atención sólo en lo que nos importa, sin mirar alrededor, ni antes ni después, sino enfocados en un presente urgente. Encontramos situaciones a medio comenzar y las seguimos como aquellas telenovelas ya iniciadas, a las que nos prendemos como si sus personajes fueran parte de nuestras vidas. Estos dos seres, inasibles, con su entorno más inasible aún, nos permiten entrar en el juego propuesto por el director iraní para reflexionar sobre las relaciones de pareja. Así de simple, así de complejo.

(Liliana Sáez, extraído de www.elespectadorimaginario.com)

Rogamos apagar los celulares
No se pueden reservar butacas